

Transcripción de video alojado en Youtube

[Me puedes llamar GOYA - YouTube](#)

Seguro que mi nombre te resulta familiar, Francisco de Goya y Lucientes, o simplemente me puedes llamar Goya. Soy un pintor famoso en todo el mundo, he dado nombre a calles, plazas, me han erigido estatuas e incluso los premios del cine español llevan mi nombre. Fui un artista muy reconocido en mi época, retratando a reyes, personajes poderosos y también a la gente sencilla del pueblo. Pero no me limité a la mera representación, también utilicé mi arte como una poderosa herramienta para criticar aquello que no me gustaba. Trabajé incansablemente a lo largo de mi vida, creando casi 2000 obras y desarrollando mi propio estilo artístico.

Además de mi vida artística, también viví una vida personal fascinante, y ahora mismo te la voy a contar. Nací el 30 de marzo de 1746 en Fuendetodos, un pequeño pueblo aragonés, donde tenía raíces familiares por parte de mi madre. Sin embargo, pronto nos trasladamos a vivir a Zaragoza. Fue en el colegio de los Escolapios de Zaragoza donde conocí a mi gran amigo Martín Zapater, una amistad que perduró toda nuestra vida. Nos escribíamos cartas en las que compartíamos nuestras experiencias y pensamientos.

Desde una edad temprana, me apasionaba el dibujo, y a los 13 años empecé a tomar clases del pintor José Luzán. Con 17 años, decidí mudarme a Madrid, donde el pintor Francisco Vallejo, también originario de Zaragoza, me presentó a influyentes artistas de la época. Gracias a él, pude acceder a las colecciones reales y a las pinturas de maestros reconocidos. Tenía un ardiente deseo de aprender y, a los 24 años, viajé a Italia para conocer las obras de los grandes maestros en Génova, Bolonia, Parma, Venecia y Roma. Roma, en particular, me cautivó, y siempre llevaba conmigo un pequeño cuaderno en el que dibujaba las cosas que me impresionaban y bocetos para futuros cuadros.

Al regresar a Zaragoza, realicé mi primera gran obra de pintura al fresco en la Basílica del Pilar, en una pequeña bóveda sobre el coro. Esta experiencia fue un reto considerable, ya que tuve que pintar directamente sobre un techo muy alto. Luego, me encargaron pintar los muros de la iglesia de la Cartuja de Aula Dei, cerca de Zaragoza. A pesar de mi orgullo por el trabajo, algunas personas no comprendieron mi estilo de pinceladas sueltas y consideraron que la obra estaba incompleta. Con gran disgusto, regresé a Madrid.

En la capital, mi carrera despegó. Fui nombrado pintor del rey Carlos III y posteriormente pintor de cámara de su hijo Carlos IV y de su nieto Fernando VII. Durante esos años, retraté a la familia real, nobles, políticos y artistas, convirtiéndome en el retratista de moda. No obstante, no todo fue un camino de rosas; a los 46 años, una enfermedad grave me dejó sordo, lo que dificultó mi comunicación con los demás y me llevó a aislarme un poco. Sin embargo, esta soledad me hizo más reflexivo y observador.

En 1808, España fue invadida por las tropas francesas de Napoleón Bonaparte, desencadenando la Guerra de la Independencia que duró seis años. Durante ese período, fui testigo del horror y la destrucción, y tomé numerosos apuntes que luego utilizaría en mis cuadros y grabados. A lo largo de mi vida, me apasionó el arte del grabado, y con el tiempo,

me convertí en un maestro de esta técnica. Creé varias series de grabados, incluyendo "Los Caprichos," "Los Desastres de la Guerra," "La Tauromaquia" y "Los Disparates." Estas series me permitieron expresar mi crítica social y política y representar la sociedad en la que vivía.

Tras el fin de la guerra, el rey Fernando VII volvió al trono, lo que marcó un período difícil. Muchos de mis amigos fueron perseguidos por sus opiniones políticas, lo que me llevó a alejarme de Madrid y comprar una casa en las afueras, conocida como "La Quinta del Sordo." Allí, pinté directamente en las paredes con escenas que reflejaban mi melancolía y mostraban colores oscuros y personajes sombríos. Estas pinturas, conocidas como las Pinturas Negras, se han vuelto famosas y han sido objeto de intensos estudios.

A los 78 años, me exilé en Burdeos, Francia, donde recuperé mi alegría y mi creatividad. Continué pintando y experimentando con nuevas técnicas, como la litografía. Mi deseo constante de aprender y crear nunca se apagó, y así llegó el final de mi vida en 1828. Mi legado perdura y mis obras son admiradas en museos y colecciones de todo el mundo, inspirando a generaciones de artistas. Esta es mi historia, y dicen que fui un genio, un adelantado a mi tiempo, un artista sensible, rebelde y con un estilo altamente expresivo y personal.